

Alberto Baeza Flores

## José Martí, el poeta de su apostolado

### JOSE MARTI, EL POETA



UESTA, entre los varios Martí, quedarse con ese último adecuado, porque muchos timentan y son muchas las zonas intermedias o comunes que echan el Martí poeta sobre el Martí revolucionario, el político sobre ese hombre diario —el José Martí íntimo— que nos es necesario. Todo en él aparece con señalación de pasión devoradora, los diversos Martí se completan y determinan unos en otros; no es posible en este caso quedarnos con el rostro único que buscamos. Todos sus rostros están teñidos de pasión, todas sus actuaciones nos resultan novedosas por intensas, porque toda su vida respondió a una inaplazable necesidad.

No podemos fijar derroteros ni dar una receta determinada. Que el poeta se busque cada vez más hondo, en su raíz, en su silencio, en su libertad, en el callado y solitario drama suyo. Será la única norma. Este nos resulta bueno, porque toda la vida no hizo sino buscar calladamente —modestamente— desde todos los ángulos, esa tierra más suya, y soportó orgullosa y pacientemente esa gran belleza de la lámpara ardiente e insatisfecha que da en todo apasionado. No hizo sino hacerse digno de su destino, amontonar ardimientos para su naturaleza voraz, así fué fiel y honrado, y así debemos verlo en su poesía.

El Martí poeta corre parejo con el Martí revolucionario. No se sabe dónde empieza uno, dónde termina el otro, y de otro modo no podría ser ya que la poesía en sí, por su don reordenador, recreador del mundo, es la revisión y—desde su esencia—la revolución también.

La vida de Martí, como su poesía, vive de admirar esa especie de trance supremo en que se mete con alma y cuerpo como por un mar doblado de aguas. Del mar saldrá él con otro corazón—con otro espíritu—y volverá a su agua, a su poesía, con la raíz ciega del niño que retorna a su madre. Será su poesía, en los momentos dolidos y desengañados del hombre, quien decantándolo lo salvará, quien le hará respirar una nueva esperanza al enseñarle la nueva modestia de todo creador apasionado.

Pero así como su vida se nos da en bloque difícil, su poesía la hallamos también en ese bloque vetado que es su prosa: abundante de ideas, rica en metáforas, mejor que mejor en síntesis.

Le vemos al poeta a cada paso, en ese salir y entrar en sus grandes amores, en sus lecturas fervorosas, en sus actos y en sus necesarios descansos. Su vida es continuada, como a grandes respiraciones de inquietud secreta y sorda que golpea—nos habla—con la voz de un corazón delirante. Es muy heroico este Martí rebelde, porque es muy humano y muy niño. Y nunca este heroísmo cotidiano se nos aparece mejor que cuando el gran valiente llora los barcos que habían de salvar a Cuba, y los siente caídos en redes enemigas antes de poder actuar. Trabaja en medio de grandes afanes, porque todavía no sentía llegar la hora, «su» hora, que era la de su tierra y la de su patria. Es el «elegido». «el apóstol», como lo llama su pueblo. y esto conviene no ignorarlo para comprender mejor.

Se quema en la esencia de su alma, como todo poeta. No quiere olvidarse de su poesía, desdecirla o vivirla solamente en la acción sola. El vuelve al verso cuando se le siente esa respi-

ración entrecortada. Se descarga en él y vuelve—nadador acostumbrado—a entrar al mar que lo necesita. El verso, junto con ser en él la saeta, es la playa del descanso. Huye a descargar su alma en esa conversación caliente, en que se siente temblar no sé qué destino profético, y nacen sus «Versos sencillos». El, ocupa el tono menor—el tono al cual el romancero y cancionero español ha dado perdurabilidad sabia—pero él no lo hace mirando el efecto determinado, entra en lo sencillo después de sus «Versos libres» para humildarse y desnudarse así mejor. Se humilla en el verso—cae, cabe bien en él—para ser levantado. Se despoja de ropajes, así Istar se despoja de sus velos para entrar en el país de las sombras «de donde nadie vuelve». El entra a esa suprema desnudación—suprema muerte—que es el poema y deja en piedra su alma, vertida en su bello libro sencillo. Sencillo que no es fácil y que no conviene confundir.

Martí nunca pierde su alma de niño. Se conserva. Triste del poeta que pierda su alma de niño, su candor! No es preciso ir hasta Rilke u otros, para ver el hondo flujo y reflujo de infancia que debe caber en cada poeta, ni aun es necesario ir a Frobenius y el fuego de sus paudeumas de infancia y adolescencia. Es cosa que se puede sentir aún con los ojos cerrados, algo como un río invisible que lleva y convence, Sabio cuanto se quiera, pero niño. Necesita el poeta ese como entrecerrar los ojos cogido por un sol muy fuerte: su no quedarse frío es a base de un fuerte candor; de ojos siempre diversos por frescos y nuevos, un como ver las cosas por primera vez cada día, con inconfesable ternera.

La política, que afea a veces al más capaz, no le hace mella, porque él entra en esa alta política del pueblo y no en el truqueo, no en el pasillo de los abrazos ni en la sala de los ratones muertos a súplica y compadrazgo. Lucha por su pueblo, y pueblo y partido se confunden en él hasta ser una misma cosa. El pueblo—lo sabio oprimido, la posibilidad esperanzada, la libertad del espíritu—entra a ser su único partido y sólo en él,

a virtud de él, se mueve. Entonces no se pierde ni extravía su candor, por el contrario. Es el gran hombre-niño o el gran niño-hombre. Crece en estatura de candor tanto como en estatura de sabiduría. Y al mundo—la tierra—le ve cada día con ojos redobladamente creadores, le cree y la crea y arrebatándola se arrebatata.

El se libera con los buenos, entrando en sí, sacando de la única fuente posible, de su mundo—su internidad honda—las llaves que le han de abrir su destino. Todo está en nosotros y sólo cogemos lo de afuera para volverlo a alzar en nuestra alma. La intimidad poblada es la suprema sangre, el supremo destino. Hay que aprenderlo. Martí—su vida y su obra—lo sabe.

Sabe una cosa esencial, El poeta nace con lo primario, con lo inicial, pero se hace. En América esto se olvida a menudo, y el caso del entregado a su lenta corriente al revés, es múltiple; el caso del eterno dormido, común. El río de tal confiado pájaro bobo que cree que crear es dormirse en no sé qué mal inventado laurel natural, doblarse en su sueño hueco, corre al revés, remonta locamente. se pierde de su origen, se desparrama consumiéndose en su propio estéril ruedo. Es un río sin vuelta, que gira y se consume de su cola y se devora—serpiente pequeña enrollada—. Para remontar el río de su verdadero sueño, para entrar en su veta de fuego y descubrir los grandes terrores que duermen, o lo parecen, hay que estar muy despierto a la cultura, al conocer del hombre, y eso es cosa muy diversa.

Martí sabe que si la tierra da la raíz, el árbol debe crecer arriba y crece por la raíz él, nutriéndose de la cultura de España (Gracián le da el dejo de contenida y refrenada llama en la cual cabe un mundo de síntesis; Santa Teresa le da ese sentir soslayado, prieto, enjundioso, esa «soledad» española) nutriéndose de la cultura de su isla y de su tiempo, efectuándose ese engranaje del pasado con el presente, esa revisión de la cultura anterior, sin lo cual la casa—cualquiera—se derrumba. Sabe ser el que ve la tradición y el que la pesa.

Trabaja en su veta—con su cultura—sabedor que es la herramienta del poeta. Maiakoski da claro ejemplo en esto, cuando preguntado sobre qué era un poeta dijo que aquel que trabajaba como un obrero, las ocho horas diarias en su poesía. Y se podría ir más allá, porque todo el día no basta aún a ser todo el trabajo del poeta. «El arte es largo, la vida breve» tenía Baudelaire como frase a repetirse, y el aforismo goethiano continúa siendo la mejor síntesis que el creador pueda tener para entender de qué manera debe asumir sobre sí la herencia cultural conquistándola, y esto, los marxistas, no han hecho sino, con diversas palabras, confirmarlo. (Las palabras de Marx, Engels, Lenin, Lunacharski, Babel, Stalin y los demás, sobre cultura, herencia cultural, y papel del escritor como revalorizador, indagador en la cultura de todos los tiempos, son buenas pruebas de ello), Martí—vuelvo a él—sabe esa brevedad de la vida, esa eternidad del arte, y en el trance enriquece las velas de su arte, con el desvelo de su acción y su lectura. Hay que conocer muy bien la tradición del arte para crear algo salvable.

No es sólo el poeta, sino también el revolucionario, José Martí. Pero, cabría preguntarse si no es su esencia misma de poeta quien lo empuja a empresa tan grande. Lo veo con su armadura quijotesca a punto de fundirse, en ese mediodía cubano, con el cielo alto y esclarecido, y es en realidad el caballero de su manigua, el entrador de su selva, el dueño verdadero de esa loma cubana que parece aguardar siempre el paso de otro nuevo Quijote para su libertad. Pero Quijote sin la época y sin el pueblo, es figura desvanecida.

La obra de Martí es de aquellas de lectura inagotable, no se da total, o si se entrega, nos deja el alma cogida en tal forma, que siempre volvemos de ella con el convencimiento que nos dejó media obra—medio mensaje—enterrado, y tras la nueva embestida, toda de luz y sombra, retornamos con nueva alegría y pena iluminadora.

Desde que Gonzalo de Quezada se dió a la tarea de reunir

los filones de luz martiana, la marea ha ido creciendo y es el mejor síntoma de salud y retornamiento, lo que nos hace pensar que su pueblo no será extraviado.

Quijote muere y el pueblo—su pueblo—lo recoge. Mucho golpe fué en balde, pero de toda su molineante energía queda una esperanza—un equilibrio al hombre—una eterna lucha de idealidad en el aire, la brecha del que quiso romper el límite, de quien se aventuró a lo desconocido. Eterna pugna humana. Su pueblo se consuela con esos trabajos en apariencia perdidos. Es el saldo de la imaginación frente a un mundo a punto de morir, y la imaginación siempre lo salva. Martí y su pueblo parecen caminar por caminos conocidos.

Tanto oye la voz del pueblo—del suyo hondo—tanto la voz de piedra de su España buena—no de la opresora y monárquica, sino la popular, por recogedora, continuadora y culta—que el verso mejor le sale con un dejo de flúida agua de cancionero viejo, de piedra sabia que habla, y se le siente a ratos ese cielo que no se sabe donde palpita y que deja vibrando en hondura y sencillez el largo trecho de ese Cancionero General, sabiduría de lo sabio, voz popular recogida en la voz de la cultura eterna. Porque Martí sabe y conoce estas aguas, y va a mirarse, a deleitarse en ellas, le salen algunos de sus «Versos sencillos» con el regalo de la difícil sencillez, del tono sabio escaso.

Se le sale el símbolo coloreado. El color en Martí es cosa de las buenas, todo él es un encendido y el trópico le habla cuando menos lo espera. No en vano vió mar azul y yerba retinteada en verde, tierra roja, cielo limpio y neto, crepúsculo rojo de nubes, durante su infancia y adolescencia vivás, en su bella y generosa isla antillana. Ya sabemos que el poeta crea con los materiales recogidos entonces y así entenderemos el color de este luminoso.

Gime un poco al crear, al verse, pero ¿en qué poeta no siente esa especie de crujimiento del idioma? Lo mejor reciente

de España: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Juan Larrea, Luis Cernuda, no escapan a este crujimiento.

Martí, a lo largo de su obra es dispar y contradictorio. La contradicción necesaria al avance. Contradiciéndose avanza y se halla, pero donde no existe contradicción, en él, es en cuanto al destino central—humano—de su poesía. Ese destino y esa saeta son limpios y saben donde van.

En el empuje—nervio—de decir, siempre al oro querido expresar—la emoción—nos queda la sombra—la palabra—en la mano, pobre mariposa de angustia. Entonces, hay que renunciar, disminuirse en algo, y el idioma, aun en su mejor trabajo nos quita luz, nos apaga. Así Martí, en toda su acerada forma, su punzante trabajo, su delicado juego—artesanía—se ve disminuido y se le siente la renunciación, entonces, para tratar de salvarse, busca la mayor hondura y tratando de hallarla y decirlo—metido ya en su mar visible e invisible—nos da lo simple de lo hondo, el encuentro mejor de sí. Su esencia salvadora.

Se equivoca—y es humano—cuando pide no pulir, y aconseja la mucha palabra para ese residuo que se resiste.

Se le ve cierta ala de Becquer—el tiempo de las liras y las cuerdas—y cierto dejo de madrigal de Cetina, a veces. Es madrigalezco a sombras, pero luego para y refrena, y deja a su sangre hablar basto, y es verdadero momento pleno. Se escapa hacia—humaniza—su época, la levanta, ahondándose, y es por la hondura que el poeta puede hacer de su tiempo, tiempo universal. No hay otra escapatoria.

Un dejo de melancolía y apetencia va y vuelve en él, como ceniciento centinela. Se queja, se duele de lo ausente, pero trabaja en la luz de su internidad para reocuparlo, para acercarlo con su poesía. Se consuela y desconsuela con Cuba. La melancolía—saudade—corre pareja a la pasión, le suelta la lengua—el alma—a cantar entera. Lo recrea doliéndolo.

Martí fué siempre un niño, solo, paseando entre las olas de la revolución, preparándose, nunca suficiente. Estuvo sólo y so-

lamente admitió en su diálogo a su tierra y a su muerte. No hay más. A lo sumo su verso, su poesía, y su luz doble, porque bien sabía que «todo el que tiene luz se queda solo». Se queda solo él, con su isla dolida.

Esta sombra de asesinado que arrastra el poeta es una especie de huella intransferible. Martí también es el asesinado supremo y va con su bala de plata cantando y actuando, soñando y muriendo, cada día de la tierra. Es el tocado por los elementos del destino. Vuelvo a pensar en los griegos cada vez que debo recordarlo.

#### APOSTOLADO Y VUELTA AL ILUMINADO

Martí, con señales y conjeturas, anuncia, como los profetas antiguos, y llega a ofrecer su vida material en la calentura de este don preveedor.

Así como los hebreos esperaban su profeta, así los cubanos aguardaban el suyo. «El Señor te suscitará un profeta de entre tu gente y de entre tus hermanos, semejante a mí, y tú le oirás» (Moisés, Deuteronomio, XVIII), pero así como se dudaba si sería San Juan, si Cristo, si Elías, el Cubano no ha querido vacilar, porque sabe que su Martí era—es—el elegido, el único, y no ha vacilado en ver en él al profeta de alma y cuerpo entero; lo ha colocado como el legado de la suprema honra para creer en el hombre desde la copa a su raíz. San Pablo, en su carta primera a los Corintios, dice haber puesto Dios en la Iglesia, primero a los apóstoles y luego a los profetas. El pueblo de Martí le da ciego—con esa gran seguridad del instinto y de la sangre que raras veces se equivocan—el nombre de Apóstol, al hombre suyo. Martí exhorta, consuela a esos muchos fieles que esperan la libertad y como los antiguos profetas, los confirma en la fe. Vuelve a ejercer el ministerio sagrado como los otros en la iglesia de Antioquía. Salva a su pueblo del desierto, le da agua y esperanza, lo conduce en silencio, quemándose por den-

tro; no vacila en hablar con su muerte y en dejarla para agitar aún su libertad como si fuera los trozos de una bandera que hay que encontrar y unir.

Estos varones mansos, comienzan con mansedumbre hacia adentro, en una leal fidelidad consigo mismos, y luego se encienden, consumiéndose en un fuego sagrado. «Como no se inflame el ministro que predica, no inflama a sus oyentes», exclamaba San Agustín, en sus «Comentarios sobre los salmos, sermones y homilias». Martí se sabe, por la sangre misma suya, ese encenderse primero para encender a los que le escuchen. El, que pareció ser siempre el supremo encendido vivió en ese trance del angustiado, del consumido por el fuego y, ni el mar, ni la sangre, ni la tierra suya, fueron capaces de apagarlo porque aun en su muerte—tan digna como su vida—no hizo sino continuar su arder, elevar una llama sagrada como los que caían en Troya, huir, seguir huyendo hacia sí para despertar a los dormidos como esos seres de Eurípides o Sófocles que huyen dentro de quienes escuchan y ya no son, en su desesperación mayor, sino esa otra parte de la vida furiosa que no sé hasta donde es al fin esa vida total, saludable, dionisiaca, en que la Grecia verdadera se consume.

Los nombres le vienen bien a éste; «Nabi», inspirado: «somer», centinela; custodio; «Tsofe», vigía, atalaya, porque fué el vidente; recibió cierta profecía en visiones sagradas, cierto destiuo del hombre en ímpetus y sueños, porque él fué muy humano, muy virginal, y recibía de su humanidad, como si le hubiera de las raíces de la tierra, todo ese don humano que movía su lengua y hacía como en algunas ciudades del sur de los Estados Unidos, embelesarse a los tabacaleros y demás que le oían, y para escucharlo, colgarse de las vigas del local atestado, al cubano que no quería perder palabra del «Maestro».

Su virtud y su ejemplo son calidades de santidad real, y es bien él un santo de pajares o sea de aquellos de los cuales no se puede dudar de su santidad. El sí que nunca se olvidó

de ser santo y de quedarse en la tierra. Si alcanza ese grado supremo de bondad, su santidad viva de ejercicio, es sirviendo la dignidad del hombre que lo alcanza, porque hay una santidad laica, ciudadana, militante; santidad del hombre hacia sí, que es óptima, y que hay que hacer la diferencia de Kant entre santidad—el bien cumplido por inclinación y el amor—y virtud—obediencia a la ley en su lucha con las tendencias de la sensibilidad—para decir que Martí fué de esos inclinados al bien esencial, de esos amadores con humana integridad, y que fué por su mucha hondura de hombre que llegó a su mucha hondura de santo y de profeta.

Martí respiraba dramáticamente por su herida. Varona no se equivocó al asignarle don de profecía pues vuelve como Isaías a llorar, como Daniel a hundirse en un pozo de leones. Saber coger la poesía por el asa, por su raíz y cogollo, es tomarla entera con su cuerpo de continuidad, de profecía. Así la coge Martí y golpea con ella las puertas de las ciudades sordas y selladas. En él poesía no fué quietud de laboratorio sino como en Rimbaud: acción; como para Ferce: acción; como para Whitman: acción. Se quemó, que es forma de vivir, y quemó su poesía, que es la mejor manera de hacerla. Sólo cuando su vida pudo dar esos relumbrones de la brasa, por la brecha, y el resplandor, le adivinamos el mejor fuego, y fué entonces que nos dió lo mejor de lo suyo.

Acaso Pedro el Ermitaño no tuvo, predicando su cruzada, mayor fe y mayor locura que este Martí predicando la suya.

Hay que ser fuerte para que el ajetreo no doble al encendido. Martí entró en la única política, en la única poesía posible: en la salvadora del hombre, para hacerlo piedra a piedra, alma a alma, ladrillo a ladrillo, desde la raíz de su vivir y su experiencia. No siguió a nadie sino a sí mismo, que es la manera única de seguir hondamente la lealtad de lo humano. Siguiéndose a sí mismo, entrando y comprendiendo las raíces suyas, entendió a su pueblo y se hizo colectivo porque podía y era

hondamente individual, profundo y solo, torturado y virginalmente nuevo. No es hora de los «si hubiera tenido más tiempo, si hubiera vivido más, si en lugar de esa mucha política suya hubiera entrado más en su poesía...» Una cosa por la otra. El tiempo consumido en la libertad de su isla le doró cierta zona de sombra de su poesía, le afirmó al hombre niño que vivía en él, lo ubicó para siempre entre los que responden lealmente a su sangre. No tenía más camino ni mejor elección. El tiempo fué su tiempo como su vida fué su vida. Siguió como pocos la inclinación de su sangre y su naturaleza. Goethe en esto, le sonreiría apoyándolo.

Pensamiento y fantasía en Martí se apoyan. En pocos como en él mayor cuidado para no salirse de la tierra y para no dejar de elevarse también al cielo. El siempre afirmó su gran realismo, y reaccionó también con ese realismo romántico, con la indispensable fantasía del poeta, y siempre quiso que le viéramos el hueso claro suyo de origen terrestre.

Como la de Bolívar su juventud fué agónica y enamorada, pero Bolívar llegó a entrar a las ciudades, a ceñirse el laurel glorioso y éste antes que el conquistador fué el predicador, antes que el Mariscal, el «Delegado». Qué de cuerpo entero le vemos, en uno de esos momentos capaces de definir al hombre, cuando montado en su llanura cubana, arenga a las tropas de Bartolomé Mansó y de Gómez, y cuando los soldados gritan: «¡Viva el Presidente de la República!» objeta él: «Presidente, no. Llámenme si quieren, el Delegado». Un buen trecho humano separan al guerrero Bolívar del predicador Martí.

Como el poeta crea ambientes, este mágico dejó su luz donde anduvo, y también su parte de angustia y sombra humana. Si escribe es porque su soledad poblada lo desborda, y tanto, que se hace mundo y vastedad por ella. Se le siente el gran tierno, el niño, porque como su pueblo es manadero de origen y toca así las zonas ingenuas y primitivas del hombre,

aquellas zonas donde se ha de buscar siempre la esperanza nueva.

Desterrado como Ifigenia, angustiado como Orestes, lo azotan el destino y el destierro. Se dijo siempre el hijo de América porque se preciaba ser continuidad, salvarse por el amor antes que por las furias y aquí, ciertamente, dijo adiós a Orestes.

Siempre hay un hombre ideal, superador, que en él habla. Siempre un ordenador, y este es don de poeta y de profeta.

Puso tal caudal de subida sensibilidad en su política que fué siempre derecho al hombre, sabiendo donde hallaba la entraña salvadora. La levadura heroica que vió en su pueblo, se la sintió primero él, y tal como Isaías, antes de cantar, ardió. Tal como Jeremías si levantó a su pueblo fué a costa de levantarse él, y de pagar con un duro dolor una fiel alegría y una verdadera esperanza.

El fuego central del poeta tiene que haber sido muy fascinante para que aquellos que le vieron su figura natural, y aun los que le han visto esa otra presencia mejor, levantada dentro de cada cual, en esencia, el Martí ya ausente, no se cansen de acusar la delirante exaltación que vivía en el Apóstol, el fuerte oleaje natural que descansaba en el Maestro, el «luchador que hubiera hablado como Elcís, los cuatro días seguidos, delante del poderoso Otón, rodeado de reyes» en el Predicador, en el recuerdo de Darío. «Hizo admirar el secreto de las fuentes luminosas», exclamaba el poeta nicaragüence, y Amado Nervo había creído en la libertad después de oírlo hablar. «Era como un mar en cólera» en el decir de Miguel Angel Carbonell, el cubano.

Su prédica entera, hacia su «hora natural» que él decía, está llena de la mirada vigilante de quien se siente llamado a esa hora inmediata que con su sombra y su sol se proyecta e interna entre los demás hombres en la hora universal. Tuvo Martí que sentir en su gran soledad ese pulso de humanidad despierta y

aguda, como la suya, esa estrella que de alguna parte lo llamaba, y saberse, en lo mejor de sí, hombre de mañana. Tuvo en su soledad que albergar esa gran ternura, esa responsabilidad humildosa del elegido. «Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre—decía—. O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás—la pasión, en fin, por el decoro del hombre—, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres, ni una gota de sangre de nuestros bravos». Siempre que habla, cala tan hondo en él y en su hora, que anticipa cuerpo y alma suyo hacia los días que han de vivirse más tarde, cae en esa zona común esencial de lo humano invariable, zona muy difícil porque hay que ser muy entero y muy leal para que la grandeza callada, silenciosa, anónima casi, apague esa otra de luces de artificio, de fácil halago, de superficialidad. La de Martí fué siempre la gloria más difícil porque en su tiempo muchos le vieron pasar como centella sin entenderlo, y si le creyeron fué por el rastro que él dejaba, por la luz que, él ya ausente, seguía viviendo en las pupilas que le miraban.

«Nosotros,—dice—no sabemos si es bella la vida. Nosotros no sabemos si el sueño es tranquilo. Nosotros sólo sabemos sacarnos de un solo vuelco el corazón del pecho inútil, y ponerlo a que lo guíe, a que lo aflija, a que lo muerda, a que lo desconozca la patria!... Con qué palabras, que no sean nuestras propias entrañas, podremos ofrecer otra vez a la patria afligida nuestro amor, y decir adiós, adiós hasta mañana, a las sombras ilustres que pueblan el aire que está ungiendo esta noche nuestras cabezas? y luego: «No hay más gloria cierta que la del alma que está contenta de sí». Siempre va desde el tono patético y las predilecciones de un Isaías hasta el tono de las parábolas de amor; de Cristo. Va y vuelve hacia él la rebeldía ver-

bal y la mansedumbre de ala, la prédica callada, humilde, del que baja la voz para mejor convencer. Esta dualidad vive en Martí y su don de querer profetizar no se sustrajo de aquellas zonas de su obra en que habla de la poesía.

«Sólo el poeta puede anunciar y prometer la verdadera realidad divina—exclamó—la poesía ha de tener raíz en la tierra y base de hecho real»... Cuando la vida se asiente, surgirá el Dante venidero, no por mayor fuerza suya sobre los hombres dantescos de ahora, sino por mayor fuerza del tiempo... «La libertad pone alas a la ostra. Levantáos, poetas, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad, el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, de duda e ilumina el futuro y explica el propósito inefable y la seductora bondad del Universo».

Quiere volver Martí al poeta—porque su vida es eso—a ciertas aguas de culto, sacerdocio y liturgia a la que estuvo muy unida la poesía en sus etapas primeras; a las aguas que continúa unida la gran y desconocida poesía ritual negra que ha empujado a escribir al investigador y afrólogo cubano Fernando Ortiz: «Las liturgias de la «santería» afroamericana son muy ricas. Solamente las fórmulas rituales de los agüeros de «Ifa» son millares. Un sabio que recogiera tan sólo la inmensa variedad de esos cantos sagrados y que estudiara su sentido, su simbolismo, su métrica, su rítmica, su oralidad, su ortografía y también su musicalidad y hasta su correspondencia con la mimesis danzaria que siempre los acompaña, podría escribir, sin duda, una obra fundamental de la poética, sobre la génesis de la poesía y del verso, y su profunda socialidad». (Fernando Ortiz, en «Oh, mío Yemayá!», de Rómulo Lachatañeré). A las predicciones, ritualidades, por las cuales anda el poeta al comienzo, quiere unir Martí esta otra ritualidad revolucionaria. ¿Se equivoca? El hombre siempre tiene un dios y cuando los dioses envejecen crea otros, hasta que al fin termina por creer en ese Dios grande y mágico que es él mismo—que puede ser también la

tierra, el mar, el cielo si lo acompañan—el postrer y salvador dios saludable. «Cuando creo en Dios—escribía Teixeira de Pascoes en su «San Pablo»—no soy yo (el «yo» es apenas una señal) quien cree, es el universo, en mí presente. Es el propio Dios, que en mí, se reconoce». Cambiemos esos dioses por el mundo sagrado del hombre, por su respeto a su naturaleza particular y levantémoslos en lo que signifique honradez al destino individual, humanidad desde lo particular a lo colectivo, lealtad central a lo humano, y esos dioses si que no serán fruto del temor, como los antiguos, de que hablaba Lucrecio, sino creaciones de su realidad y su honda esperanza.

El Dios de Martí fué siempre un Dios humano, mucho más cerca de la tierra, mucho más cerca del mar, mucho más próximo a la continuidad viviente y al amor, que esos otros pérfidos, castigadores y cerrados que se negaban a vivir en el hombre.

Y lo humano en este José Martí, del que he estado hablando con las muchas palabras que precisa para que al fin queden las imágenes que prefiero de él, es que fué muy terrestre el muy celestial y bajo su gran voz de ángel ronco, bajo su cáscara profética, vivía siempre el desesperado y el melancólico. Acaso Isaías lo fuera, acaso Jeremías también. Y es, mejor que muchos otros discursos, el testimonio de los que le vieron su alma triste, atropellada, tierna, sufriente, melancólica, quien nos viene a apoyar en el por qué del don profético y de por qué de su manadero. En él su alma de poeta desesperado, su humanidad que bien podría hacer suya las palabras de Lawrence «Mi humanidad es el demonio que ruje dentro de mí», es la que a costa de ser desesperada crea la esperanza, y el melancólico que le ve el pobre poeta solo y triste si que nos apoya en toda su voz esta del lúminico y profético, porque todo viene a ser esa gran norma goethiana: un gran idealismo en una gran realidad. Así, entenderemos mejor su don profético cuando Manuel de la Cruz escribe de él: «Era un espíritu melancó-

lico, un alma triste». Sanguilí: «Desde la niñez, parecía destinado a vagar por el mundo sin calma ni alegría, como si las heridas, jamás cicatrizadas de su patria, hubieran abierto en sus entrañas úlceras incurables y encendido en su mente el sublime ideal de redención, cual llama inextinguible que habría de consumirlo en holocausto propiciatorio ofrendado a la verdad y a la justicia». «Era de aspecto simpático y gentil. Brillaba en su frente ancha, convexa y luminosa, coronada de negro rizo y cabello, algo de la vaga idealidad de Byron y de la romántica melancolía de Gesner. Los ojos de Martí cual las almendras de La Habana, tenían mucho de dulce y de nativo; oblongos y rasgados, como los de los árabes, eran melancólicos y tiernos, con la peculiar expresión de la raza latina». (Antonio Batres Jaúregui).

Y estos dos retratos más: «Era de porté desgarrado, desaliñado en el vestir... La cabeza demasiado grande para aquel cuerpo endeble... Martí, con su sombrero puesto, no revelaba ninguna particularidad; descubierta la cabeza, ofrecía otro aspecto: dominaba su frente, y al romper el canto sobre cualquier motivo, por fútil que fuese, ya estaba descorrido el genio, y mudo y alucinado el espectador». (José Miró). «Era delgado, nervioso, recio, de movilidad tan continua que, a primera vista, se asemejaba a la inquietud morbosa; pero luego se veía que no era aquélla, sino la condición indispensable de la vida que se había dado, la sola manera de realizar el trabajo enorme que se había impuesto. Aquellos movimientos que se sucedían con vertiginosa rapidez, aquel pasar incesante de una cosa a otra, aquel ir y venir perpetuos y siempre de carrera, producían al fin de cada jornada, un resultado de asombrosa regularidad y gran provecho». (Diego Vicente Tejera).

Y al fin, como al fin de estos pequeños retratos, ¿qué queda? ¿Qué figura se forma? Si nos fijamos bien, el alma triste que le atribuye de la Cruz, el destino sin calma que le pinta Sanguilí, la idealidad de Byron y melancolía de Gesner, que le

da Jaúregui, el desaliño, lo cotidiano cósmico, y lo universal diario que le mira Miró, la inquietud gráfica—de alma y ademán—que le adivina Tejera, no han estado haciendo otra cosa que hablarnos de un poeta, dibujarnos el recuerdo de su persona, dejarnos este tierno y fuerte profeta que tuvo el don del escogido porque primero supo quemarse en sus propias brasas y así en las de su pueblo. Sólo porque fué muy cabal y muy hondo como hombre, en medio de una época tormentosa, como los grandes, supo profetizar. Y jamás, como los profetas anteriores, se olvidó que era un poeta y sólo a virtud de ello, por su fuego excesivo, que podía profetizar.

#### CONOCIMIENTO, NOVEDAD Y EXPERIENCIA.

Todo poeta, en el fondo de su vida, parece responder a ese llamado que Lawrence sintetiza en la sangre. «Arrastra tu círculo alrededor del mundo, arrástralo hasta completarlo». (Lawrence-«Canguro»). Completa el círculo de su conocimiento y toda la tierra entra a ser el Mundo, su mundo, y a encender ese otro suyo íntimo. Pone a morir y vivir lo suyo, viéndose en ese silencio necesario que uno se ve de fuera. Hay que salir de su pequeña tierra y entrar en la grande geografía para entrar mejor en la suya íntima.

Son dos cosas esenciales en el poeta: el verse desde fuera y mirarse a veces como un extraño, para entenderse mejor en su pulpa interna y el conectarse con la cultura universal.

El conocimiento del poeta siempre ha sido la abundancia de su espíritu, y el mundo la palanca de este conocimiento. Ningún ser como el poeta más hecho para habitar toda la experiencia y revivirla día a día. Así, la tierra rodeada, el conocimiento arrastrado alrededor de la tierra, el mundo como patria, son el puente para que la experiencia hable. La experiencia a virtud del mundo bien recorrido se hace conocimiento. Se vuelve a hacer de la experiencia, conciencia.

¿Y la novedad? La novedad queda siempre entre el conocimiento y la experiencia. Se mece en la medida que el conocimiento y la experiencia son profundizados. Ser nuevo es siempre, ser originario, particular, virginal, uno. Ser nuevo es siempre ser hondo, descubrir la propia raíz de origen, saber el madero de la propia naturaleza,

«La originalidad artística, no puede nacer más que sobre un terreno de pronunciada diferenciación individual. Hay quien se afana por encontrar formas desusadas, pensamientos sorprendentes. Pero todo este esfuerzo resulta vano. La más abundante vena literaria, el don de la palabra, la facilidad imaginativa o ideológica apenas bastan para producir una obra brillante. Para que la obra sea original es imprescindible que el autor sea íntimamente distinto. No faltan en la historia casos en que ricas dotes literarias han sido incapaces para producir la obra verdaderamente genial. Y no la han podido producir porque faltaba a sus autores originalidad íntima; originalidad, no en el sentido de dar a luz cosas nuevas, sino el de ser ellos un origen, un punto de partida, de ser ellos. Cuando existe esta originalidad, actos, gestos, palabras, brotan con un matiz inconfundible; artista u hombre de acción, poeta o capitán de su industria, su obra será la expresión irresistible e involuntaria de idiosincrasia incoercible». (Ángel Sánchez Rivero. «Papeles Póstumos». Rev. Occidente, XCVI).

Ese silencio originario que crea la novedad fué el de Martí. España — lo universal eterno — le fué en esto fundamental. Respondió siempre a cada llamado con la respuesta de su sangre esencial.

Pareció siempre el predestinado. Su presidio político le dió cuño definitivo para salvarle — en su hombría cabal — a través del dolor. Por el dolor se había salvado cuanto de grande había levantado el hombre. Por el dolor continuará salvándose lo mejor de lo humano, hasta que por el mucho dolor sea el hombre capaz de crear esa abundante y necesaria alegría que lo espera.

Martí creció por su mucho dolor. España le dió la forma, lo moldeó allí donde el trópico parecía desbordar lo suyo. Creció en lo hondo de su silencio y de su soledad, fué por esto que fué siempre el aprovechado provechoso.

Martí es raíz originaria en virtud de saber conectarse a ese origen que busca el hombre, que a veces—muchas—por pereza o por falta de dolor, no puede encontrar. Sólo porque el hombre en él, revisa cuanto puede la cultura anterior, e interpretándola—interpretando a su isla—se interpreta, sólo porque sabe poner el aporte cultural que busca acorde con su tiempo, sólo porque actualiza lo universal de la cultura que bebe, es que se hace cabal y necesario.

Parece que este hombre—tan infatigable—fué el gran silencioso. De otro modo no es posible, sin un silencio grande, explicarse una obra tan calurosa como la suya. Parece que su vida entraba siempre en las grandes contemplaciones asordina- das, en ese diálogo consigo mismo, que siempre lo salvaba. Son esos refugios, esas arrancadas dentro de sí, esos gritos de mi- nero perdido en su noche sin lámparas, los que lo salvan. El habla con su fuego, con su naturaleza. El demonio rugidor y hablador, dentro de sí, es el que levanta en Martí su más cen- tral humanidad, su testimonio mejor de conciencia. No es po- sible admitir su vida sino como un silencio sin distracción po- sible, como una soledad tan humana y tan íntima que por suya se hace colectiva y popular eterna. Fué empujado siempre en ese supremo ideal del hombre solo hacia la ordenación univer- sal, hacia el contacto cósmico de lo cotidiano, hacia la conexión de su angustia universal.

No tenemos sino lo que traemos. La vida no hace más que dar curso a esa veta esencial y toda la maestría consiste en descubrirla. Es ahí, justamente, donde toda lucha se hace difícil, donde toda pelea entre una noche cerrada y batallado- ra. Quien es incapaz de sacar ese filón vivo, de trabajar día a día, pierde su tiempo—su vida—si no puede construir aun en

medio de lo adverso. Cada cosa señaladamente grande y humana no se ha hecho todavía sino a costa de un gran silencio, de una profunda soledad, de una dolida sangre. La naturaleza en esto, es todo sabia y Martí, tuvo el conocimiento necesario, la novedad indispensable, la experiencia salvadora, porque siempre, como el hijo obediente, siguió su propia naturaleza trabajándola.

#### ÁNGELES GUARDIANES.

Ser un poeta que entra en la sangre de su pueblo, que queda en ella, y con el cual hay que contar. Ser leal y de tan sincero a sí mismo, ser fiel a su tierra y a su pueblo, ser leal y hondo a su continente y a la razón de su vida. Servir no sólo a su sangre sino hacerse sangre ejemplar, son cosas que levantan cualquier soledad de un poeta.

Yo no puedo—no quiero—pensar que el destino de Martí pudo ser otro. El destino de cada cual es esa especie de alma, de naturaleza fiel inaplazable, y al cual se responde, quiéralo uno o no.

Le tocó a Martí tiempo encendido y el tiempo suyo interno, que era una brasa viva de por sí, se vió agitado por el otro externo que no dejó de condicionarlo, y al cual Martí escuchó siempre con una pasión especial, poniendo toda su alma—toda su vida—en el empeño.

Si Julián del Casal pudo encerrarse en su sueño impaciente, en la cerrada y exclusiva angustia de su alma, sin salida, Martí no pudo dar a su sueño ese solo trance obscuro. Hubo de hallar otra salida. No sé quién fué más dichoso. Si Casal en su agonía callada de lo suyo, en su desprecio impetuoso del mundo, o si Martí en la agonía callada de lo suyo. Si Martí en la agonía esperanzada de su tierra, si Casal en la agonía sin ninguna esperanza de la suya, si el uno negando y el otro afirmando, si uno derrocando al mundo de su pedestal y volvién-

dolo una copa de cenizas, si el otro volviéndolo a alzar a cada nueva aurora y agonía. No sé quien fué más trágico. Si Casal en su cuarto de poeta, creándose mundos que la calle destruía, nadando entre dos aguas de irrealidad y de fantasía cansada. o si Martí en su sangre revolucionaria, atado también a su tierra con cadenas diarias de angustia y de impaciencia.

Sólo sé que ambos fueron poetas—y de los buenos— y que para bendición y excelencia, los tiene Cuba como sus ángeles guardianes. Ambos fueron poetas de la nobleza salvadora, poetas de la sinceridad y de la sangre, poetas del ángel y del demonio a la vez, poetas de tierra y cielo, de lo diario y lo universal. No se olvida Cuba nunca, de sus dos dolidos ángeles guardianes. Si Casal está con la estrella, Martí está con el fusil. Si Casal con su noche que sangra, Martí con su alba que sufre, y ambos, siempre con la poesía.

Tal como el mar no agota sus aguas cuando alguien las dice o las cuenta, Martí no agota—no quiere agotar—la luz esclarecedora de su orbe.

El círculo alrededor de su vida su obra no se cierra, ni podrá cerrarse, pues la obra de la sangre sólo la sangre es capaz de cerrarla, y sólo a ella puede reclamársele comprensión y entendimiento cabal.

Feliz la tierra que puede dar hombres tan cabales y dolidos como José Martí, el poeta. Feliz la tierra que da hombres a los cuales nada aparta de su naturaleza esencial y que de ella saben levantar junto a su noche su día, junto a su obscuridad su estrella, junto a su incomprensión la comprensión del mundo hecha por el instinto, por la experiencia, por el sol natural y la sangre, que en suma, viene a ser todo, nada más y nada menos que la central y callada obediencia a la propia y salvadora naturaleza.